

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo X después de Pentecostés.

Bondad de Dios y olvido de los hombres.

HERMANOS—dijo San Pablo á los fieles de Corinto en la Epístola de este día—*os hago saber que nadie puede decir SEÑOR JESÚS sino por el Espíritu Santo, y que hay repartimiento de gracias, y de ministerios, y de operaciones; mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos. Y los dones del Espíritu Santo que se manifiestan en lo exterior son dados á cada uno para utilidad de la Iglesia. Uno recibe el don de hablar con sabiduría; otro el de hablar con ciencia; otro la fe; otro gracia de curar los enfermos; otro don de milagros; otro el de profecía; otro el de discreción de espíritus; otro el de lenguas; otro el de interpretarlas; mas todas estas gracias son obradas por un solo y único Espíritu, repartiendo á cada uno según le place.*» (I Corint., XII, 3 al 11.)

Dos cosas, amados míos, sobresalen en esta Epístola: una la bondad infinita de Dios repartiendo bienes asombrosos á los hombres; otra el olvido de los hombres, después de haberlos recibido, cayendo en soberbia y en envidia de sus semejantes. Estas dos cosas trataba San Pablo de mostrar á los fieles de Corinto, y las mismas intento yo declarar ahora, para que nosotros no caigamos en tan abominables pecados. Os explicaré, pues, brevemente:

- 1.º Las bondades de Dios para con nosotros.
- 2.º Cómo nosotros nos olvidamos de ellas.

PUNTO 1.º

BONDAD DE DIOS PARA CON LOS HOMBRES

No es posible, cristianos, encarecer con palabras las bondades infinitas de Dios para con nosotros. No hablemos ya de la *Creación*

sacándonos de la nada, ni de la *Redención*, librándonos del pecado y de la muerte eterna, ni de la *Eucaristía*, quedándose con nosotros para servirnos de alimento espiritual á nuestras almas y unirnos íntimamente á su corazón divino, sino que basta recordar los inmensos favores, *los dones* inefables y las gracias extraordinarias con que de continuo está enriqueciendo nuestro espíritu, para que podamos obrar lo bueno y salvarnos.

Nosotros, por nuestra parte, nada podemos en orden á la eterna bienaventuranza, mas con Dios lo podemos todo, y Él nos ayuda benigno, colocándose, digámoslo así, á la puerta de nuestro corazón solicitando la entrada para fortalecernos y comunicarnos su poder infinito. «*He aquí — dice el Señor en el Apocalipsis — que estoy á la puerta y llamo. Si alguno me oye y abre la puerta, entraré en su casa, y cenaré con él y él conmigo* (1).» ¡Oh bondad inaudita de Dios!

Una sola cosa, notadlo bien, exige el Señor de nosotros, y es que le abramos la puerta de nuestro corazón con la llave de nuestra propia voluntad. Quiere que no le estorbemos la entrada resistiendo á sus gracias, y á esto cabalmente se encamina el Apóstol cuando en la Epístola de este día dice: «*Os hago saber, hermanos, que nadie puede decir SEÑOR JESÚS sino por el Espíritu Santo; mas hay repartimiento de gracias, y de ministerios y de operaciones... Uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos.*»

Es decir, que estamos en la mayor pobreza espiritual imaginable; pero que Dios nuestro Señor derrama sobre nosotros gracias tan copiosas y tan eficaces que todo lo podemos, cual si nos halláramos revestidos de la omnipotencia divina. ¡Cuánta bondad y cuánta misericordia por parte de Dios!

¿Cómo se puede todo con la gracia del Señor? No es posible declararlo aquí; sólo os diré con el gran Padre San Agustín que «Dios para excitar nuestro querer, comienza á obrar en nosotros; y cuando ya tenemos voluntad de obrar, es nuestro colaborador para concluir su obra. El nos advierte para que sanemos, y nos acompaña obrando para que hagamos buen uso de la salud espiritual que nos ha dado. El nos previene para que seamos llamados, y luego continúa ayudándonos para que seamos glorificados. El nos excita é impulsa para hacernos vivir en la piedad, y después prosigue con

(1) *Ecce sto ad ostium, et pulso: si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cenabo cum illo, et ipse mecum.* (Apocal., III, 20.)

nosotros para que merezcamos la vida eterna (1). ¡Y sin embargo, los hombres apenas nos acordamos de esto!

¡Qué dignación y qué amor por parte de Dios, amados míos! El obra en nosotros y con nosotros; pero de tal suerte, que nuestras obras buenas más bien son tuyas que nuestras; que por eso dijo el Apóstol: «*Obro yo, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo.*» (I Corint., XV, 10.) Y por eso repite en la Epístola de hoy: «*Hay repartimiento de operaciones, mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos.*» Es decir, que sólo Dios es el que da á todos los cristianos el poder y virtud para hacer lo bueno, y que principalmente El es el que lo obra todo en nosotros por medio de sus ministros, ó del modo que á El le place. En nosotros únicamente está la cooperación libre, y por tanto, meritoria.

Notad, amados míos, cuán sublime y encantador es esto que vamos diciendo. Dios Padre amó tanto á los hombres, que para redimirlos les dió á su eterno y único Hijo (2). Dios Hijo prosiguió en ese amor de tal suerte, que se hizo como uno de nosotros para que nosotros seamos como una sola cosa con El. «Se encarnó para espiritualizarnos; se humilló para elevarnos; salió, por decirlo así, del seno del Padre para hacernos entrar en el Padre; se hizo visible para manifestarnos las cosas invisibles; fué flagelado y llagado para curar nuestras llagas; sufrió los oprobios para librarnos de la afrenta eterna; murió para darnos vida.» (S. Gregor., Serm. in Nativit.) ¡Cuánto amor!

Y como si esto no bastara, Dios Espíritu Santo fué enviado á nosotros por el Padre y por el Hijo para que morara de asiento en nuestros corazones; para que nos enriqueciera con sus dádivas, con sus gracias y con sus frutos; y para que nos endiosara, cuanto es posible á humanas criaturas. Decidme, amados míos; al considerar esto, ¿no es cosa de volverse locos en agradecimiento y amor á Dios?

He aquí por qué dijo San Pablo que «*la gracia de Dios Salvador nuestro ha iluminado á todos los hombres, enseñándonos que, renunciando á la impiedad y á los deseos de la tierra, vivamos sobria, justa y religiosamente en este siglo.*» (Tit. III, 4-5.) He aquí por qué, como leemos en la Epístola de hoy, repartió el Señor sus gracias, y los ministerios, y las operaciones, y la manifestación de su Espíritu en los fieles, para utilidad de toda la Iglesia. (*Unicuique datur manifestatio Spiritus ad utilitatem.*)

(1) Ut cum illo semper vivamus. (S. Agust. *De gratia et liber. arbitr.*)

(2) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joann., III, 16.)

¿Qué más, amados míos? ¡Ah! Sería cuestión de nunca acabar si intentáramos recorrer las infinitas bondades de Dios para con nosotros; y por lo mismo, al vernos colmados de gracias, de dones y de misericordias divinas, sólo resta que, elevando nuestro corazón al Cielo digamos con David: «¡Oh hombres! ¡Oh pueblos! ¡Oh naciones! *Alabemos al Señor porque es bueno, y porque su misericordia dura eternamente.*» (*Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia ejus.*)

Sólo resta que, llenos de admiración y de agradecimiento, exclamemos con San Agustín: «¡Oh, cuán bueno sois, Dios omnipotente, que cuidáis de cada uno de nosotros como si no tuvieseis que cuidar más que de un solo hombre, y cuidáis de todos los hombres juntos como si no formasen más que uno solo!» (*Confes.*, lib. III, cap. XI.) Sólo resta que no olvidemos nunca tan señaladas, finas y asombrosas misericordias de Dios para con nuestra pobre y flaca naturaleza. Mas como por desgracia llega al colmo de la insensatez la ingratitud de muchos hombres, es de necesidad decirnos ahora dos palabras sobre este infame proceder que desprecia y escarnece los beneficios divinos. ¡Parece increíble nuestra demencia si no la estuviéramos presenciando!

PUNTO 2.º

OLVIDO DE LOS BENEFICIOS DIVINOS

No es maravilla, carísimos hermanos, que muchos hombres no se acuerden de los beneficios de Dios, puesto que se olvidan de Dios mismo. ¡Parece increíble que lleguen á tal extremo de estupidez y rebajamiento! ¿Cuál es la causa? Hay varias; pero la principal es, sin duda, *la ignorancia*; porque ¿quién que conozca algo á Dios no le ama, ó á lo menos no le teme? Es verdad que Dios en absoluto no puede ignorarse, porque la razón misma está mostrando su existencia; pero la maldad de los hombres y la corrupción de sus corazones hace que Dios no sea bastante considerado, ni bastante conocido, y que su bondad y su amor y sus divinos atributos sean como letra muerta para muchos que aún se llaman cristianos. ¿Hay en el mundo infelicidad mayor que no conocer á Dios?

Hoy más que nunca hay que lamentar tan tremenda desdicha, pues forma como la esencia de los errores modernos el tratar de obscurecer en las inteligencias humanas la idea esplendorosa de

Dios y el eterno fulgor de la luz increada, ó sea del divino *Verbo*, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Es enorme crimen olvidar á Aquel que no puede ser ignorado, pues todo en el universo nos está pregonando su poder infinito, y su paternal y amorosa Providencia. ¡Dios se ostenta visible y admirable lo mismo en el firmamento que en el más pequeño insectillo, y es grande desventura que el hombre, único ser terreno creado á su imagen y semejanza y rescatado con su sangre divina, y único capaz de conocerle, amarle y servirle, no le conozca, no le vea, no le alabe, no le admire y no le adore.

«Justo Padre—dijo Jesucristo lamentando esta desdicha—el mundo no os ha conocido.» (*Pater juste, mundus non te cognovit.*—Joann., XVII, 25.) Y el Evangelista San Juan, hablando de Jesucristo, como luz verdadera de los hombres, exclamó: «La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas (esto es, el mundo) no le han comprendido. Estaba en el mundo, y Él hizo el mundo, y el mundo no le conoció.» (*Et mundus eum non cognovit.*)

Pues bien, amados míos; conocer á Dios, conocer á Jesucristo, conocer á su Iglesia sacrosanta, conocer su ley salvadora y sus consejos evangélicos, conocer sus bondades inefables y sus gracias divinas, es la primera y la más imprescindible de todas nuestras obligaciones; y esto es cabalmente lo que hoy más se descuida, lo que hoy se tiene en menos, lo que hoy se trata de suprimir en los centros de enseñanza oficial, y por consecuencia lo que engendra el olvido de Dios, la ausencia del temor sagrado, la pérdida de la fe, de la conciencia y del alma, y la temporal y eterna desdicha de los individuos, de las familias, de las sociedades y de las naciones todas.

No hay, pues, crimen que entrañe mayor ingratitud que el olvido de Dios y de sus innumerables y grandiosos beneficios; ni tampoco hay cosa que haga más corrompidos y más infelices á los hombres, á los Estados y á los pueblos; pues, como dijo el Profeta, «Dios no entra para nada en sus ojos ni en su inteligencia, y sus caminos están manchados en todo tiempo» (1).

¡Oh, si los hombres modernos comprendieran esta verdad! ¡Cuán de otra manera obrarían en su vida pública y privada! El demonio, el mundo, la concupiscencia, las pasiones, los vicios y todos los excesos invaden y arrastran al hombre que se olvida de Dios; pues quitado el freno del temor sagrado, se precipita de error

(1) Non est Deus in conspectu ejus: inquinatae sunt vitae illius omni tempore (Psal. X, 5.)

en error, de abismo en abismo, hasta que al fin se sumerge para siempre en las tenebrosas y sempiternas cárceles del infierno.

No se puede dudar, cristianos; el que se olvida de Dios, se olvida también del prójimo, y de los deberes de esposo, de padre, de hermano y de hijo; olvidase de la caridad divina y de la decencia humana, llegando, como dijo el Salmista, á ser «el océano de todos los desórdenes y el mar donde se acumulan todos los vicios» (1).

Tal es, amados míos, el vicio que la Iglesia nuestra Madre trata de alejar de nuestros corazones en el día de hoy, poniendo ante nuestra consideración la Epístola de San Pablo á los de Corinto, en la cual el Santo, por inspiración divina, nos hace ver que el hombre por sí mismo es nada separado de Dios; que ni aun puede decir, como conviene, *Señor Jesús*, sin el auxilio del Espíritu Santo; y, que, por el contrario, con las gracias innumerables que del Señor misericordiosamente recibe, se hace como omnipotente y puede decir en verdad: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta.»

Es más; todas las gracias y dones que los demás hombres han recibido de Dios, hácenos ver el Apóstol que sirven para nuestra utilidad propia; y que si uno tiene el don de sabiduría, y otro el don de ciencia, y este el don de milagros, y aquel el don de curar las enfermedades, y otros, otros dones, todo esto proviene de un mismo y único Espíritu, del Espíritu de Dios, ordenándolo todo con altísima sabiduría y amor, para que consigamos todos más fácilmente nuestra temporal y eterna felicidad.

Seamos, pues, agradecidos á Dios, por tan magníficos y continuados beneficios, y haciendo nuestras las palabras de la Iglesia en el Prefacio de la Misa, digamos de lo íntimo del corazón: «Verdaderamente es digno, justo, equitativo y saludable, daros gracias en todo tiempo y lugar. ¡Oh Señor Santo, Padre Omnipotente y Dios eterno! por Jesucristo nuestro Señor unimos nuestras voces con las de los espíritus celestiales, para que sean dignas de Vos, y que merezcamos la perseverancia en la tierra y después la corona de gloria en el cielo. Amén.»

(1) Hoc mare magnum: illic reptilia quorum non est numerus. (Pal. CIII, 25.)